

REFERENDUM A LA ITALIANA

DECID si, como el día de vuestra boda». En torno a este «slogan» rosa, destinado esencialmente al electorado femenino, al que se califica en general de oscurantista, la democracia cristiana, primer partido de Italia, inauguró hace un par de semanas la campaña electoral del referéndum en pro o en contra de la abrogación de la ley que autoriza el divorcio. La consulta está prevista para el 12 de mayo. Mientras tanto, el gran circo está en plena actividad: cascadas de verbosa retórica, de argumentos demagógicos y de preocupantes vulgaridades.

Los «anti-divorzysti» (hostiles al divorcio) levantan «stands» donde se bebe gratuitamente y se brinda contra el divorcio. Los asmáticos comités cívicos del profesor Gedda proclaman sin titubeos que el divorcio es «la antecámara del lupanar», y en las vallas de Roma, a lo largo del Tíber, abundan inscripciones comprometidas: «Divorcio = Prostitución», «Divorcio = Prostitución = Cáncer». ¡Ni más ni menos!

Los «divorzysti» de la LID (1), por su parte, organizan «concerti-no», hacen manifestaciones anticlericales —el anticlericalismo es su pecado favorito—. «Eh, Paolino (se trata de Pablo VI), ¡Al tajo!», gritaban, no se sabe muy bien por qué, en el mítin de apertura de la campaña. Y añadían que están «a favor del divorcio y del aborto, de los homosexuales y los drogados». En los «comizi» (asambleas electorales) se podía oír de todo. «Estoy a favor del divorcio —explica un agricultor siciliano de setenta y cinco años—, pues por lo menos, gracias a él dejamos de ser cornudos». «Yo estoy en contra —dice un ama de casa que debe rondar la cincuentena—, pues una mujer divorciada no es la mujer de nadie». Un charcutero del Trastevere resume en pocas palabras la incertidumbre del electorado italiano: «¿Qué debo hacer? —pregunta—. Decir sí al divorcio y no al referéndum, o al revés».

Es cierto que aquí nadie entiende nada (2). Esta campaña y este referéndum son seguramente las cosas más absurdas que quepa imaginar en la Italia de 1974, con sus 800.000 huelguistas, su 15 por 100 de inflación, sus amenazas de cólera, su millón de trabajadores emigrados a Alemania y Suiza y que, debido a la crisis económica, se están reparando.

¿Qué se trata de abrogar el 12 de mayo? ¿El divorcio religioso?

(1) Liga italiana en pro del Divorcio, que agrupa en esencia al partido radical y a los grupos extraparlamentarios.

(2) La pregunta planteada es en sustancia la siguiente: «¿Es usted favorable a la abolición de la ley Fortuna que introduce el divorcio en Italia?». Muchos electores, distraídos y mal informados, pueden responder «sí», aun queriendo decir «no».

No, aunque se trate de un procedimiento teóricamente sencillo (los Tribunales de la Sacra Rota se contentan, para anular un matrimonio, con la declaración solemne de uno de los esposos en el sentido de que se casó sin propósito de procrear), aunque costoso (diez millones de liras por término medio y, en casos extremos, hasta setenta millones). Lo que se trata de abolir el 12 de

raciones que han durado por lo menos cinco años y excluye la noción de falta de uno de los cónyuges).

¿Por qué anular entonces esa legislación moderna, liberar fantasmas de otros tiempos y desencadenar polémicas inútiles? ¿Por qué tantos discursos enojosos, por qué seguir hablando de las calderas de Pedro Botero para asustar a los infieles; por qué to-

«Si te quiere, se casará contigo»? Como explica el dottore Antonio Tato, consejero particular de Enrico Berlinguer, secretario general del PCI: «Esta campaña representa la revancha de lo irracional sobre lo racional».

El portaestandarte del campo antidivorcista no tiene miedo de lo irracional: Gabrio Lombardi, sesenta años, profesor de Historia del Derecho Romano, protesta hacia el barroquismo. ¿Su historia? El día en que se votó la ley que instauraba el divorcio, 1 de diciembre de 1970, el profesor Lombardi tuvo un fuerte sobresalto cívico. Con veinticuatro profesores, abogados, magistrados y una célebre senadora, Lina Merlin, Lombardi creó entonces una asociación encargada de recoger las firmas de 1.350.000 personas favorables a un referéndum en torno a la abrogación del divorcio.

Cuando se le pregunta si esa recogida de firmas resultó una operación fácil, Lombardi explica: «Se nos esperaba». Y añade: «¿Qué quiere usted! La conciencia social italiana rechaza el divorcio». A continuación desarrolla toda una teoría sobre la familia, «valor específico de nuestro país», que acompaña con esta sorprendente afirmación: «Italia dejó de existir como Estado en 1943-45. Si el país se salvó fue gracias a la familia».

Pero no es eso lo esencial. Gabrio Lombardi se siente investido de una misión cívica: la defensa de la mujer abandonada. Porque en el fondo todo es muy simple: las mujeres son débiles. Envejecen mucho antes que los hombres. El divorcio anima a los maridos a hacer caso del guiño de ojos de una chiquilla y a abandonar a sus esposas, que entonces se sienten solas a los cuarenta y cinco años. Pues bien, Lombardi no quiere eso. Los esposos deben seguir juntos. ¿Cómo? «Las mujeres se sienten muy apegadas al nombre que llevan —explica el profesor—. Además, saben perdonar, siguen regalando con su afecto incluso a quienes las han traicionado». Pero, ¿cómo obligar a la gente a vivir juntos? «Un matrimonio —dice Lombardi, enrojándose— es una deuda de amor. Conceder el divorcio equivale a autorizar al deudor a no pagar sus deudas bajo pretexto de que no tiene dinero». Después, muy animado, el profesor da cuenta de las innumerables cartas que llegan a la asociación. La de un niño: «Papá, no te divorcies. No hagas el tonto». La de una mujer: «Estar divorciada es ser una presa libre». ¡Qué horror!

Y artículos que respiran venganza: «¡Demasiado fácil! Un padre de diecisiete niños pide el divorcio».

Sin embargo, Lombardi no está solo. En la campaña antidivorcista laboran igualmente y sobre todo la democracia cristiana (38 por 100 de los votos en las

Divorcio: si estás de acuerdo, di "no"; si te opones, vota "sí"

mayo es el divorcio civil, que se practica en Italia desde hace tres años, que no cuesta caro (si no media un abogado, lo cual no es obligatorio, los trámites pueden importar unas 50.000 liras) y que es además profundamente liberal (se limita a ratificar las sepa-

das esas películas «lacrímogenas» en la televisión destinadas a exaltar las sanas alegrías de la familia y en las que se presenta a los niños limpios y aseados, y a los padres, trabajadores y conscientes de su deber; por qué esos «spots» publicitarios del tipo de:

El tema del divorcio sigue siendo la piedra de toque de la política italiana. La escena reproducida en la foto corresponde a unas manifestaciones en pro del divorcio organizadas hace ocho años. A pesar del tiempo transcurrido, el debate continúa en pie.





Cada día que pasa, más se politiza la consulta sobre la ley civil. En la campaña no se escatiman ni argumentos demagógicos ni elementos irracionales.

últimas elecciones) y el MSI, partido neo-fascista.

Tampoco éstos escatiman demagogia. «Puedo imaginarme a un capitalista partidario del divorcio —dice Amintore Fanfani, secretario de la democracia cristiana—, pero no a un obrero». «Discussione», semanario de la DC, viene dedicando números especiales al divorcio. En primera página, una historietita de dibujos en la que se nos muestra al tren de la «familia» avanzando tranquilamente por el carril de la «Democracia» y la «Seguridad familiar». Sin embargo, inesperadamente, el convoy es asaltado por una banda armada con un pico (en cuyo mango se lee la palabra «divorcio») y por picos rojas a caballo que llevan en oriflama los nombres de los autores de la ley sobre el divorcio.

Esto no es, sin embargo, todo. El MSI ha optado por escribir directamente a los párrocos: «Defenderemos la familia como usted, padre. Le ofrecemos nuestros servicios». Sin olvidar los reportajes orientados, de los que se desprende inevitablemente la siguiente advertencia para las damas italianas: «Cuidado, señoras; si se mantiene el divorcio, sus maridos las dejarán plantadas».

Papel de la prensa de corazón

El campo opuesto, el que desea sencillamente el mantenimiento de la ley, está demostrando, a pesar de todo, mayor serenidad. Aun cuando esta campaña es la más extraña que imaginarse pueda: ni símbolos, ni candidatos,

y la obligación de explicar a treinta y cuatro millones de electores que hay que decir «no» si se está a favor del divorcio: esto en un país católico en un 95 por 100. De ahí esta campaña esencialmente defensiva y fundada en argumentos complicados. «Quien cree en el matrimonio no tiene miedo del divorcio», se explica en el cartel número 1 del partido socialista. La leyenda aparece coronando un ramo de flores de azahar. El partido comunista consagra diariamente una o dos páginas de «L'Unità» a defender esta «conquista de la civilización»: «Madres, esposas, hijas, votad no» o «Si crees en la indisolubilidad del matrimonio, nadie te obliga a divorciarte, pero deja libres a los demás. Vota no».

Nilde Jotti, vicepresidente comunista de la Cámara de Diputados, ha reunido para esta campaña toda una documentación tranquilizadora.

«Se ha dicho que el divorcio asesina a la familia. Esa afirmación es falsa —explica Nilde Jotti—, pues sólo se han pronunciado sesenta mil divorcios en un plazo de tres años (contra los cuarenta mil que se dan anualmente en Francia). Se ha dicho que el divorcio afecta sobre todo a las parejas jóvenes. También falso, porque la inmensa mayoría de los divorcios concedidos lo han sido a cónyuges que llevaban separados entre quince y veinte años. Se ha dicho que es un divorcio de burgueses. Otra falsedad, pues interesa esencialmente a las capas populares». Pero, ¿cómo convencer de esto a la gente en tumultuosas asambleas electorales? La senadora comunista Giglia Tedesco confiesa que esto no siempre es fácil: «En los mítines —dice—

me preguntan si en la gran ciudad todo el mundo se divorcia. La gente piensa asimismo que se trata de un proceso costoso (tres o cuatro millones de liras). También me preguntan qué se hace de los niños abandonados». La ignorancia al respecto, ya se ve, es grande.

Los «divorzisti», o partidarios del divorcio, tienen, sin embargo, un par de tantos a su favor: en primer lugar, la división dentro del mundo católico. Son, en efecto, muchos los creyentes que rechazan la demagogia excesiva de la democracia cristiana y se declaran partidarios del divorcio: la clase obrera del Norte, que, con casi total unanimidad, se ha manifestado, a través de los consejos de fábrica, a favor del mantenimiento de la ley; muchos sacerdotes del Norte y el Centro; una serie de intelectuales agrupados en torno a la FIM (Federación Cristiana de la Metalurgia) y al semanario «Sette Giorni». Este factor no es, en absoluto, despreciable y entraña, en el interior del partido demócrata cristiano, que Fanfani trataba de normalizar a través de este referéndum, un agravamiento de los oposiciones, que no parece que vayan a solucionarse, sea cual fuere el resultado de la votación del 12 de mayo.

El segundo tanto que puede beneficiar a los «divorzisti» es menos importante. Se trata de la evolución de la prensa del corazón, gran consumidora de «vedettes» y de foto-romances. Pues bien, actualmente, junto a las sempiternas historias de pecados, castigos y redenciones de niñas madres a las que la fuerza de las circunstancias conducen al borde de la prostitución, pero que son

siempre rescatadas en el último momento por un alma caritativa, junto a todas estas historias de siempre encontraremos también artículos y reportajes favorables al divorcio. «Gran Hotel» (un millón de lectores) muestra en la portada a Monica Vitti votando contra la abolición del divorcio. «Annabella» publica por su parte el resultado de un sondeo efectuado entre sus lectoras: de 3.400 respuestas, 3.078 son favorables al divorcio. Por último, «Stop» (500.000 ejemplares) presenta el caso de una pareja irregular, que tiene ya doce hijos y espera todavía otro, y que, gracias al divorcio, puede, por fin, regularizar su unión. Los doce hijos brindarán juntos por papá, por mamá y por la familia.

Una segunda familia

A pesar de esta importante evolución para la sociedad italiana, nadie puede hacer previsiones serias. Hay varias incógnitas cuya solución afecta muy directamente a la izquierda: los tres millones de inmigrantes que trabajan en el Norte y el millón que trabaja en Alemania y Suiza, ¿tomarán el tren o el coche para ir a votar a su país? Pues bien, los emigrantes suelen votar por las izquierdas. ¿Cómo votarán por su parte los 800.000 nuevos electores? ¿Y los centenares de millares de «vedove bianche» (viudas blancas) que, en las pequeñas aldeas del Sur, viven de los envíos de sus esposos emigrantes, quienes a veces crean una segunda familia en los países donde trabajan? Esas viudas no deberían, lógicamente, ver con buenos ojos el mantenimiento del divorcio.

La prueba será decididamente dura; violento, el enfrentamiento. El país quedará dividido entre un frente progresista y un frente conservador. Cuanto más se acerca la fecha del 12 de mayo, menos se centra el debate en el divorcio y más se politiza la consulta. Con todas las consecuencias que ello entraña para la democracia cristiana (¿se producirá una ruptura en su seno?), para el partido comunista (¿podrá mantenerse la línea del compromiso histórico con la democracia cristiana?), para el gobierno de «centro izquierda» (¿podrán los partidos favorables y los contrarios seguir cohabitando después del 12 de mayo?).

Pero, ¿quién saldrá triunfante, los conservadores aliados a los fascistas o las fuerzas del progreso? Una cosa es cierta, sin embargo. Sea cual fuere el resultado del referéndum, una institución habrá ganado en Italia la batalla: la familia tradicional, a la que todas las organizaciones, desde la extrema derecha a la extrema izquierda, alaban. ■ MARCELLE PADOVANI.